

“COSAS DE DIOS”
Anomalías meteorológicas y enfermedades
de las plantas en la Sierra Nevada
(Andes venezolanos)

*Pascale de ROBERT**

RESUMEN

La regularidad del clima procura un ritmo a la vida de la sociedad quien logra también cierto manejo de los riesgos agrícolas. Los eventos meteorológicos y astronómicos que perturban este orden pueden afectar a las plantas cultivadas y se atribuyen a manifestaciones de divinidades. Se analizan las representaciones de los elementos del clima junto con los problemas fitosanitarios que preocupan más y más a los habitantes. En estos cambios climáticos, agrícolas y sociales, ellos parecen ver el signo de una degradación en las relaciones de los seres humanos con su entorno natural y sobrenatural.

* ORSTOM, Département Milieu et Activités Agricoles. 213, rue La Fayette. 75480 Paris Cedex 10.

ABSTRACT

"Things of God"

Climate, anomalies of the sky and plant diseases in the Venezuelan Andes

The regularity of climate, which permits management of farming risks and gives a certain rhythm to the life of society, is sometimes disturbed by meteorological and astronomical events which are interpreted as divine manifestations and related to human illnesses and plant diseases. Representations of the elements of climate are studied with particular references to the phytosanitary problems that are of ever increasing concern to the inhabitants. They seem to perceive in climatic, agricultural and social change the sign of degradation of the bonds that tie people to their natural and supernatural environments.

RÉSUMÉ

La pluie et le soleil, le soleil avec la lune. Climat, anomalies du ciel et maladies des plantes dans la Sierra Nevada (Andes vénézuéliennes)

La régularité du climat, qui permet de gérer les risques agricoles et rythme la vie de la société, est parfois troublée par des événements météorologiques et astronomiques compris ici comme des manifestations divines et rapportés aux maladies des hommes et des plantes. Les représentations des éléments du climat sont plus particulièrement étudiées en relation avec les problèmes phytosanitaires qui préoccupent de plus en plus les habitants. Ceux-ci semblent voir dans les changements climatiques, agricoles et sociaux le signe d'une dégradation des rapports qui lient les hommes à leur environnement naturel et surnaturel.

Es la regular alternancia de estaciones donde dominan la lluvia y el sol que asegura el crecimiento armonioso de los cultivos de secano. Los campesinos de las altas tierras marginales de los Andes venezolanos confieren por lo tanto una gran importancia al clima: ajustando sus actividades a las variaciones espaciales y estacionales de los elementos naturales, logran enfrentar los rigores que caracterizan a su ambiente como por ejemplo las bajas temperaturas. Sus prácticas se basan sin embargo en la experiencia de un clima "mediano" sin grandes fluctuaciones, un clima re-

gular que impone su ritmo al calendario agrícola y a la sociabilidad campesina.

Pero el tiempo, por definición, es variable. Los habitantes lo experimentan a menudo por relacionar muchos de sus problemas de salud con fenómenos meteorológicos que no ubican en la norma climática. Muchas de estas anomalías se entienden como manifestaciones de seres sobrenaturales capaces de manipular astros y meteoros para afectar los hombres, los animales y las plantas cultivadas. Para tratar de mantener cierto equilibrio, cada uno debe comportarse de manera adecuada y evitar molestar los elementos y los seres de la atmósfera. Cuando ocurren calamidades susceptibles de amenazar la reproducción de la sociedad, en particular cuando se pierden las cosechas, se recuerdan otras irregularidades celestiales como, por ejemplo, el espectacular encuentro del Sol con la Luna. A través de estas relaciones que establecen entre anomalías del cielo y desórdenes sanitarios y sociales, los habitantes deben enfrentar nuevos problemas tales como los que plantean la introducción reciente de patógenos en sus cultivos.

El orden del clima

La cuenca del río de Nuestra Señora se extiende entre 8°20'-8°33' de latitud norte y 70°58'-71°22' de longitud oeste. Está encajonada en la Sierra Nevada cuyas cumbres, cercanas a los 5.000 msnm, dominan la ciudad de Mérida, capital del Estado andino de Mérida. En esta cuenca se encuentran los pueblos de mayor altura de la región de los Pueblos del Sur que los ciudadanos solo conocen, a través de anécdotas, por sus carreteras de tierra peligrosas o las maneras rústicas de su gente (Fig. 1).

En las aldeas ubicadas río arriba de la cuenca, los campesinos de Apure cultivan principalmente trigo y papa en asociación con una ganadería bovina extensiva. Se dicen habitantes de "tierra fría" y su clima, lo califican de "cordial, no es muy caliente y tampoco muy frío para nosotros". La organización del paisaje agrícola permite resaltar los conocimientos utilizados aquí en el manejo de los recursos naturales y de los fenómenos climáticos y micro-climáticos. Los campesinos aprovechan la diversidad característica del ambiente montañoso con la repartición vertical de sus cultivos y ajustan el calendario agrícola tanto con la repartición de las precipitaciones como con el calendario religioso.

Variaciones verticales

El río Nuestra Señora nace en la cercanía del pico Humboldt para encontrar, unos 3.000 metros más abajo y 35 kilómetros más allá, el río Chama en una zona de escasa vegetación xerofítica. Allí, el relieve impide la penetración de las masas nublosas proveniente del Lago y confiere a la cuenca un clima bastante seco para la zona andina venezolana (Redaud et alii 1991). Tal particularidad climática es templada río arriba con la altura y por la influencia pluviométrica de los vientos alisios que suben de los llanos (Andressen, 1986). La época lluviosa se extiende desde los meses de abril-mayo hasta octubre-noviembre (Fig. 2). Durante la estación seca cuando el cielo está despejado, la amplitud térmica es alta y puede sobrepasar los 20°C en altura. La sequía relativa del lugar favorece las heladas que pueden ocurrir a partir de 3.200 msnm cuando el balance energético es negativo.

Las tierras y las casas de Apure estan esparcidas entre 2.500 a 3.400 msnm río arriba de Los Nevados¹. Estas aldeas se benefician de unas precipitaciones medias anuales de 950 mm y de temperaturas medias anuales que varían, según la altura, entre 11°C a 5°C (las más bajas no conciernen el piso habitado en forma permanente). Por lo tanto, el clima es más fresco y

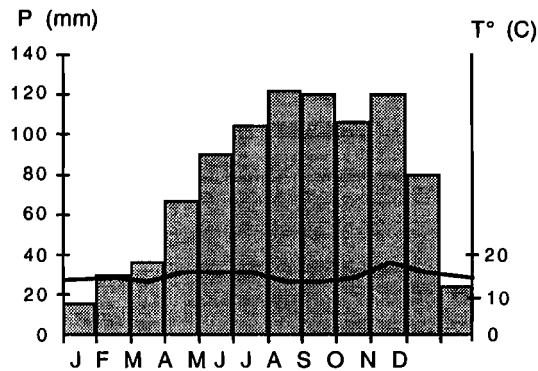


Diagramme ombrothermique de Los Nevados (2600m)
in Redaud et alii (1991)

húmedo que en el resto de la cuenca pero sigue siendo adecuado al cultivo del trigo hasta una altura de 3.100 msnm en la vertiente sur.

El cereal se cultiva según un ciclo bienal -incluyendo algunas veces una rotación con arvejas- y ocupa un lugar privilegiado en el paisaje. Puesto que los tiempos de barbechos son más largos que río abajo (así como los ciclos de vida de la mayoría de las plantas cultivadas en estas alturas) las parcelas dedicadas al trigo conforman un mosaico diversificado relacionado con los ciclos agrícolas, las capacidades de drenaje de los suelos y la exposición de las vertientes. No hay ningún tipo de riego en los campos trigueros y el crecimiento de las plantas anuales sembradas con las primeras lluvias, depende de la repartición y de la intensidad de las precipitaciones. En las partes bajas de las vertientes -húmedas, de mayor pendiente y de menor insolación- se mantienen formaciones boscosas que procuran leña a los habitantes. Igualmente, los estrechos fondos de valle y las depresiones húmedas no suelen cultivarse porque la acumulación de aire frío puede producir heladas localizadas.

Ubicadas en el piso triguero y cerca de las casas, las huertas se cultivan con un cuidado muy especial: se aran y deshieran con mayor frecuencia y se pueden regar en tiempo de sequía. Los muros de piedra, la sombra de algunos árboles o el modelaje de la topografía permiten seleccionar el microclima que se considera adecuado para cada cultivo. Las plantas de papa y haba ocupan la mayor parte de las huertas de Apure aunque también se logra cosechar maíz y caraotas por debajo de los 2.700 msnm. Se siembran igualmente algunos vegetales (zapallo, cebolla, etc.) y plantas medicinales (ruda, lino, etc.).

Los habitantes de Apure padecen regularmente de los efectos de las heladas en sus "rozas", que son pequeñas parcelas de papa ubicadas entre 3100 y 3400 m de altura. Para limitar las pérdidas ocasionadas por estos fenómenos, cada familia dispone de varias rozas ubicadas en diferentes lugares (topografía y microclima variables) que siembra con una mezcla de variedades más o menos resistentes y según un calendario flexible para poder escalonar las cosechas. Tales prácticas aseguran cada año que una cantidad mínima de tubérculos sea cosechada a pesar de los ocasos climáticos. En los Andes centrales, fueron analizadas como una estrategia de dispersión de los riesgos agrícolas (Morlon, 1991).

A mayor altura, donde no logran crecer las plantas cultivadas, el ganado pastorea en el páramo² en semi-libertad gran parte del año. La mayoría de los bovinos se vuelven a traer cerca de las casas durante la estación seca para la realización de trabajos agrícolas y también para su alimentación: cuando los pastizales de altura resultan afectados por la sequía, las parcelas trigueras (rastrajos y barbechos) procuran el forraje necesario. La organización en pisos diferenciados de los cultivos y de la ganadería está relacionada con las variaciones altitudinales y estacionales, con las particularidades climáticas y ecológicas del lugar (de Robert, 1993). Los habitantes de Apure se acuerdan en reconocer que se benefician de un “buen” clima, un “clima bueno para nosotros, bueno para el trigo y las habas”. Refiriéndose a este mismo clima, suelen diferenciarse de las poblaciones instaladas fuera de las “tierras frías” e incluso de los campesinos de río abajo, que se dicen de “sangre liviana”, muy “flojos en el frío y para caminar” y hasta “delicados” como la gente de la ciudad.

El ritmo anual

En estas latitudes, la duración del día y las temperaturas medias mensuales varían poco a lo largo del año. El ritmo estacional lo da la repartición de las precipitaciones. El invierno designa aquí la estación lluviosa -el verano astronómico del hemisfero norte- durante el cual las cumbres más elevadas se cubren de nieve.

Las últimas lluvias de noviembre anuncian entonces el verano pero señalan también el principio del ciclo agrícola con el arado de los barbechos trigueros, la “barbechadura”, realizado en forma colectiva. En esta época, los hombres arreglan sus arados de madera y buscan sus yuntas en el páramo para preparar en conjunto las parcelas que sembrarán unos meses después. Al terminar aquellas labranzas, los habitantes están ocupados, de diciembre hasta febrero y en otras parcelas, en la cosecha y la trilla del trigo que se sembró el año anterior. En fin, con las primeras lluvias del invierno, los terrenos “barbechados” son nuevamente arados para la siembra del cereal. Con los principios de la “mano-vuelta”, pequeños grupos de familias se constituyen cada año para trabajar de manera más eficiente al intercambiar mano de obra según un orden codificado y contabilizando cada día de trabajo (“un día para usted, otro para mi”).

Es así como el verano es la época del intercambio cuando el cultivo del trigo ocasiona reuniones muy apreciadas por ser las casas bastante alejadas las unas de las otras. Aquellos trabajos colectivos resultan ser de gran importancia para los habitantes porque fomentan una vida social más intensa. Desde la madrugada hasta la noche, los integrantes de varias fincas se reúnen en las tierras de uno de ellos para las mismas tareas: los hombres trabajan en el campo mientras las mujeres preparan, en la cocina y con los rubros del que se beneficia del trabajo, las abundantes comidas repartidas entre todos para la ocasión. Es un tiempo en el cual se fortalecen los lazos de vecindad, de parentesco y de compadrazgo. Un momento propicio a la preparación de futuros intercambios, para enterarse y comentar todos los hechos y eventos locales del invierno. Durante el verano, ocurren también numerosas fiestas religiosas que pueden lograr reunir a la mayoría de los habitantes de Apure. Entre las más importantes, se destacan las fiestas de diciembre, las paradas de enero (Clarac, 1981) y la Semana Santa que establece el enlace entre estación seca y estación lluviosa.

Al verano se opone el invierno, una época de poco trabajo y escasas reuniones. Es un tiempo propicio al “aburrimento” que describe aquí un estado depresivo grave a lo cual resistirían mejor los habitantes de las tierras frías. Cuando ya están instaladas las lluvias y que las cosechas se han terminado, gran parte de las plantas cultivadas crece sin mantenimiento alguno. Los deshierbes regulares de las huertas sólo movilizan una mano de obra reducida y familiar y es lo mismo para el cuidado del poco ganado mantenido cerca de las casas o la preparación, ocasional, de una nueva roza en altura. Los trabajos agrícolas del invierno son menos pesados y los que siguen siendo indispensables -deshierbes, aporques, cosecha precoz en la huerta y fabricación de queso- son generalmente realizados por las mujeres. Por lo tanto durante la época lluviosa, los hombres de la cuenca alta suelen dejar sus fincas para trabajar como obreros en zonas agrícolas más dinámicas (Mucuchíes, cercanías de Mérida). En sus ausencias, los trabajos de construcción y de reparación resultan difícil de emprender porque exigen una organización colectiva. El mal tiempo, los caminos dañados por las lluvias o el puente que se llevó el río dificultan los viajes, incluso para visitar sus vecinos. En invierno, cada finca parece recogerse en sí misma.

La época de lluvias también es sinónima de “los junios” que son “los meses en que se pasa hambre” (junio-agosto). Esperando las primeras papas, los habitantes deben contentarse a menudo de una sola comida diaria. Por la falta de alimentos y las intemperies, ellos se sienten más vulnerables en sus cuerpos: las enfermedades son frecuentes y se curan con bebedizos caseros, pero también dedicando más tiempo al sueño y pasando días taciturnos cerca del fogón.

Como ocurre en muchas partes, las estaciones climáticas dan un ritmo a la vida de los hombres: en el verano se concentran las principales actividades agrícolas, en el invierno las relaciones sociales son más escasas. Las variaciones climáticas se reflejan en la sociabilidad y en la intimidad misma de los habitantes, como una alternancia entre el denso y el vacío, la fiesta y el aburrimiento, la vida y la muerte. Las referencias a la época lluviosa y más particularmente a las manifestaciones del “mal tiempo” aparecen en forma repetitiva en la etiología de las enfermedades de los hombres y de las plantas.

La previsión del tiempo

La previsión de cambios climáticos suscita pocos comentarios entre los habitantes de la cuenca alta y ninguno de ellos se reconoce como un especialista del clima. Sin embargo, los campesinos practican a veces la previsión del tiempo en particular durante las épocas intermedias cuando el sol o la lluvia tardan en imponerse. Sobre este punto, los de Apure se sienten favorecidos porque pueden arar antes de las primeras fuertes lluvias; por el contrario, los suelos agrícolas de río abajo, arcillosos y compactos, resultan impenetrables por tiempo de sequía.

Durante el mes de enero, se evalúa el tiempo de todo el año que empieza a través de observaciones meteorológicas: los fenómenos atmosféricos de los doce primeros días indican las tendencias climáticas de cada mes (es “la pinta”) y los de los doce días siguientes permiten confirmar o corregir estas predicciones (es la “repinta”). La práctica de pinta y repinta es bastante difundida en las zonas rurales de los Andes venezolanos (Clarac, 1981). Como lo muestra Katz, quien describe una “pintada de meses” similar en México, los principios de este pronóstico meteorológico tienen probablemente unas raíces europeas (Katz, 1994)³.

El almanaque que se vende en el mercado de Mérida y en todo el país propone también unas previsiones climáticas anuales indicando los fenómenos meteorológicos dominantes según los ciclos lunares. Para el mes de abril de 94 por ejemplo, predecía “vientos fuertes” después del cuarto menguante, “llovizna” entre la luna nueva y el cuarto creciente, un tiempo “nublado y cálido” hasta la luna llena y, para terminar el mes, “lluvias frecuentes”⁴. Los habitantes de la cuenca alta consultan a veces el almanaque pero sin fervor o por pura curiosidad. Los muy escasos adultos que dicen saber leerlo se apoyan también en sus observaciones personales.

Los colores de algunos crepúsculos indican un cambio de tiempo (rojo) o la llegada de lluvia (amarillo), la luna “volteada hacia los Llanos” señala generalmente la inminencia de un “tiempo de invierno”, el comportamiento de algunos animales anuncia la lluvia (las hormigas salen numerosas, el pato chupapiedra vuela del río hacia la sierra) o un cambio de tiempo (los tábanos son más numerosos). Como en otros lugares de los Andes venezolanos, el pasaje de pájaros (Echevarría, 1988) o el aspecto de plantas silvestres y cultivadas (López, 1990) pueden igualmente utilizarse en el arte de las previsiones meteorológicas. A pesar de ello, algunas de estas reglas dejan a numerosos habitantes de Apure escépticos. Ellos prefieren conformarse de previsiones menos atrevidas: hay viento y lluvia en invierno y mucho sol en verano.

Aquel aparente desinterés para las técnicas adivinatorias, cuyo dominio se deja a sabios ciudadanos (almanaque), pudiera ser un resultado de la erosión de conocimientos tradicionales. Pero demuestra también cierto fatalismo frente a los acasos climáticos, lo cual debe estar ligado a las representaciones locales del clima. En efecto, el clima no solo se determina aquí con posiciones geográficas particulares o con el movimiento regular de los astros. Depende igualmente del querer de seres invisibles quienes pueden, en cualquier momento, perturbar el curso ordinario de las estaciones. En estas condiciones, bien se puede entender que los campesinos acuerdan un valor muy relativo a las previsiones meteorológicas locales y nacionales.

Las anomalías del cielo

Las particularidades climáticas del lugar participan entonces del orden del mundo que los hombres no pueden influir aunque logran reducir,

por ejemplo, la probabilidad de riesgo agrícola con la ubicación adecuada de sus parcelas cultivadas. Los habitantes de Apure se someten por lo tanto a los efectos de la lluvia y del viento en invierno, a los del sol y de las heladas en verano. Pero aquel clima ordinario, “buen” clima, puede ser perturbado por fenómenos inesperados cuya naturaleza y fuerza son difíciles o imposibles de predecir. Bien sean localizados o de gran extensión, desarrreglan el tiempo y afectan directamente la sociedad mediante enfermedades de los hombres, de los animales y de las plantas cultivadas. Interpretados como manifestaciones sobrenaturales, aquellos eventos responden a conductas humanas descuidadas o irrespetuosas. Algunas anomalías -o sus supuestos efectos en el cuerpo humano- pueden entonces evitarse conformándose con algunas reglas elementales y cuidando los diferentes dueños del clima. Ciertas anomalías, generalmente más graves, se interpretan como signos nefastos para el conjunto de la comunidad. En fin, cada una de ellas parecen producirse más en algunos lugares y en algunos momentos del año.

Las aguas, los aires, la neblina

Una fina lluvia, un viento seco o una neblina persistente pueden atribuirse, en cierto contexto o en lugares particulares, a los seres de la naturaleza capaces de jugar con los elementos del clima. Los habitantes saben distinguir los fenómenos meteorológicos ordinarios -tal como la lluvia del invierno necesaria para el crecimiento de las plantas- de los, menos regulares, a través de los cuales se manifiestan los “arcos” por ejemplo.⁵ Su identificación tiene un papel particularmente importante ya que puede ser la causa de numerosas enfermedades. Aquellos seres invisibles que poblan la atmósfera y hacen un poco el tiempo muestran la importancia singular que se confieren aquí a los acasos climáticos.

Los arcos son seres acuáticos. Prefieren las aguas estancadas a las aguas corrientes y las aguas del cielo a las que salen de la tierra. Por ello, viven generalmente en los charcos y pantanos ubicados tanto en el territorio de los hombres como en el páramo. Su presencia puede ser atestiguada por unas algas que son “como espuma” y de color rojizo: encontradas en la superficie de estas aguas, se designan como “mierda de arco”. Sin embargo, cualquier agua puede ser habitada por un arco, incluso el agua de

consumo cuando se le encuentra unos reflejos irisados (color de arco iris), lo que explica que los campesinos eviten de caminar sin sus sombreros bajo la lluvia y que prefieren tomar el agua hervida que se guarda cerca del fogón al agua fría de los riachuelos.

Los arcos son responsables de la mayoría de las enfermedades de piel correspondiendo a diferentes patologías (eczema, sarnas, úlceras) y solo se les atribuye acciones maléficas. El “mordizco de arco”, para el infortunado quien habrá pisado un charco, se manifiesta como una llaga incurable capaz de llevar la víctima a la muerte. Unos síntomas parecidos a los de la sarna se atribuyen a un contacto con un agua demasiado fría o contaminada, por ejemplo al dejarse mojar por la “brisa de arco”. En esta lluvia fina y penetrante igualmente designada como “orina de arco”, los campesinos reconocen las irrisaciones del arco iris que no colorea la llovizna o brisa ordinaria.⁶ En las tierras habitadas y cultivadas, las diferentes categorías de precipitación (lluvias, llovizna, granizo, tormenta...) se atribuyen a manifestaciones maléficas solamente cuando se producen en momentos inesperados (de manera repetida durante la estación seca por ejemplo) o cuando permiten explicar, a posteriori, el malestar de algunos individuos. La salud del cuerpo humano depende en efecto de cierto equilibrio -ni muy frío, ni muy caliente- que conviene conservar o restablecer con una conducta y una alimentación adecuadas (de Robert, 1993)⁷. Las personas más frágiles (antes y después del parto, durante las menstruaciones, después de un trabajo intenso, en estado de ebriedad, etc.) se ven más fácilmente afectadas por las enfermedades relacionadas con los meteoros que son generalmente “frescas”.

Los “aires” se manifiestan para vientos repentinos o imperceptibles movimientos del aire. Pueden ocasionar hinchazones o provocar la fiebre y los escalofríos del “pasma”. Durante el mes que sigue el parto, la mujer es muy sensible a este fenómeno y sólo sale de su hogar envuelta de ropas calientes. Su bebé es igualmente protegido de los elementos climáticos y se dice que una corriente de aire puede dejarlo bizco para toda la vida.

Aquellas entidades que son los aires y los arcos -algunas veces llamadas “espíritus” - son asociadas a patologías muy diversas y prefieren manifestarse en el territorio de los hombres. La época lluviosa y las estaciones intermedias resultan ser los momentos más propicios tanto para esas enfermedades como para los eventos meteorológicos extraordinarios. Así

como algunos fenómenos perturban el orden de las estaciones y del tiempo ordinario, igualmente son asociados directamente a los desajustes del equilibrio del cuerpo humano.

La neblina no ocasiona ninguna enfermedad en particular. Al contrario, los montañeros no dejan de resaltar la belleza del día cuando descubren sus paisajes usuales nublados. Sin embargo, en el páramo, la neblina es una manifestación privilegiada de los “cheses” quienes, al igual que los arcos, son seres del agua. Viven en el fondo de las lagunas y se muestran algunas veces con apariencia humana. Los cheses parecen disponer de poderes mayores a los de los arcos pero no siempre son hostiles a los hombres. La neblina encontrada en altura resulta sin embargo un presagio de mal augurio e invita a los viajeros al respeto y al silencio. La neblina es algo más que un simple fenómeno de condensación y de la misma manera que una lluvia puede ser “orina de arco”, la neblina es a veces el “aliento de ches” (Echevarría, 1988). Cuando hay neblina, e incluso en la ciudad capital, se suele hablar en voz baja.

Quando se pone bravo el páramo

Así como existen épocas más fértiles en anomalías meteorológicas, hay un lugar donde el clima resulta ser más particularmente imprevisible: el páramo. Las tierras de altura, escasamente frecuentadas por los hombres, están igualmente sujetas a los cambios estacionales del clima: son marcados por las transformaciones de la vegetación (bien conocidas por los que recojen plantas medicinales) y los movimientos del ganado. Sin embargo, al hablar de sus experiencias en el páramo, los campesinos resaltan ante todo las manifestaciones de “mal tiempo”: vientos, lluvias, neblina, nieve, tormentas. Distinguen también diferentes tipos de páramo designados como “manso”, “bravo” o “verdadero” según la fuerza y el poder de este espacio bastante personalizado.⁸

La visita ocasional de los hombres y la presencia de los animales domésticos reducen el carácter maléfico del páramo según un proceso de amansamiento en el cual el ganado tiene un papel muy importante. En efecto, se supone que los bovinos mantienen connivencias particulares tanto con los hombres como con los “cheses”. Aunque fuera una paradoja, aquellos animales de origen europeo sirven hoy en día de enlace entre la

población andina y los últimos representantes de un panteón empañado por siglos de cristianización.

En su territorio, los cheses manipulan en particular los elementos del clima siguiendo una lógica que desafía las leyes meteorológicas más elementales del mundo de los hombres. El tiempo que hace en el páramo depende también, o tal vez en primer lugar, del humor de sus habitantes y dueños que son los cheses.⁹ Cuando el “páramo se pone bravo”, el caminante de un día despejado puede extraviarse, perder el sentido o la razón e incluso desaparecer para siempre en una tormenta repentina. Para otros, más afortunados, la espesa neblina escampará milagrosamente y aparecerá un “jardín” de plantas medicinales o el buey perdido desde mucho tiempo. Los campesinos nunca van al páramo sin necesidad, al contrario de los ciudadanos montañeros que se pasean por placer cerca de las cumbres.

Hay que resaltar que a través de aquellos fenómenos meteorológicos, el páramo manifiesta el sentimiento que le inspira una persona particular en un momento dado. Se dice que el páramo “se pone bravo”, que “le dio rabia” o que “se puso fúrico” aunque también puede experimentar simpatía y ternura si alguien “le cae en gracia”, si “le agarró cariño” o que “le quiere bien”. Para intentar amansar aquel espacio insumiso de carácter tenebroso, los campesinos respetan comportamientos y rituales especiales cada vez que deben ir en altitud. Los caprichos del páramo pueden ser regulados por intermedio de los santos y patronos locales invocados en la tormenta. Ante todo, conviene evitar de molestar la quietud de la montaña con gritos o el ruido de un derrumbe y manifestar su respeto cuidándose muy especialmente de las lagunas en las cuales no se debe pescar. También se hace regularmente ofrendas de “miche” (aguardiente de caña) y de “chimó” (pasta de tabaco), ambos muy apreciados por los cheses. Es así como se puede esperar amansar el páramo que conserva toda su libertad para establecer relaciones privilegiadas con las personas de su gusto o señalar su descontento o su mal humor por medio de alguna tormenta.

En estas montañas, y así como lo muestra Bernand para Ecuador, el páramo posee un clima propio que nadie puede predecir (Bernand, 1985). El tiempo que reina cerca de las cumbres depende aquí de la relación singular que cada visitante sabrá establecer con los seres de la montaña.

Astros y meteoros: las “cosas de Dios”

Los desórdenes climáticos no se limitan solamente a los espacios silvestres del páramo. En el territorio de los hombres, los “arcos” o los “aires”, importantes actores en la etiología de las enfermedades de los habitantes, se manifiestan discretamente. Designan sus víctimas en forma individual entre los descuidados y por lo tanto no pueden considerarse como verdaderos maestros del clima cuyos elementos no manejan totalmente. La sucesión armoniosa de las lluvias que riegan y del sol que hace madurar el trigo es aquí obra de Dios, y es lo mismo para todo evento capaz de romper el orden del cual depende las cosechas y por lo tanto los habitantes.

Desde las tierras habitadas y cultivadas, las manifestaciones divinas se reconocen por su carácter espectacular y/o por sus efectos catastróficos sobre la producción agrícola. Se expresan por el intermedio de los meteoros -con una amplitud o unos efectos nunca superados por las anomalías ya evocadas- y de los astros como la Luna, el Sol y la Tierra cuyos comportamientos se relacionan igualmente al clima y a las enfermedades.¹⁰ De hecho, los habitantes se refieren a las “cosas de Dios” para cualquier evento que juzgan fuera de lo normal, es decir excesivo, inusual o repetitivo, y en ello peligroso para toda la sociedad y no solo para individuos como venía al caso hasta ahora. Plagas como el granizo que destruye cosechas enteras, epidemias graves, terremotos e incluso la guerra o el antiquísimo diluvio, están relacionadas con fenómenos celestiales.¹¹ En aquellos eventos extraordinarios que perturban el mundo y trastornan el orden de los elementos naturales, los habitantes reconocen la mano de Dios que se manifiesta a los hombres. Los desórdenes astronómicos, telúricos o meteorológicos se interpretan como advertencias para reforzar la fe o el temor con la demostración de poderes, pero algunas veces también con castigos. Esto es el caso cuando los movimientos de la Tierra o las anomalías del cielo se acompañan de catástrofes agrícolas.

Al momento de evocar las “cosas de Dios”, el eclipse solar es generalmente el primer ejemplo citado. Del nombre de aquel espectacular fenómeno astronómico derivaría el término de “clis”, una noción que cubre fenómenos de diferentes naturalezas y a la cual los campesinos dan actualmente una importancia particular. Si la clis puede ser el eclipse solar también llamado “oscurana”, describe con más frecuencia algunos fenómenos

meteorológicos y problemas precisos que afectan a las plantas cultivadas.¹² Se dicen “clis” los aguaceros que perturban un día seco y caliente o una noche clara, los vientos con lluvias intermitentes, las lloviznas de los días soleados que acompañan algunas veces un arco iris. La clis describe entonces la mezcla o la sucesión rápida en un lapso corto de fenómenos que caracterizan el invierno y el verano, de astros o de meteoros de naturaleza “caliente” y “fresca”. En fin, una clis se reconoce en los síntomas que conducen a la pérdida de una cosecha: las hojas se “queman” y los tubérculos se “pudren” o la planta se “seca” antes de que los granos puedan “cuajar”¹³.

Aunque algunas clises parecen ser fenómenos comunes e incluso difíciles de observar por ser inadvertidos, describen igualmente cierto estado de confusión entre los elementos. De este punto de vista, un tiempo de verano en invierno tiene la misma significación que un instante de noche en el día o que un terremoto. Por lo mismo, la combinación de dos estados opuestos en la misma planta (hojas secas y raíces podridas) es una perfecta réplica, en las parcelas de los campesinos, de los desórdenes observados entre los astros y los meteoros.

Todas las anomalías del cielo observadas en el páramo y en el territorio de los hombres se refieren a una ruptura de equilibrio, a una suspensión del orden ordinario (estaciones climáticas, salud, ciclos de producción). Conviene subrayar que los arcos, los aires y los cheses atacan a la integridad física de individuos, a sus cuerpos, mientras que las “cosas de Dios” afectan en primer lugar la producción. Tal diferencia es muy importante: de los primeros, los campesinos pueden esperar cierta clemencia gracias a su propia vigilancia. Mediante una relación individual y personal se puede eventualmente negociar con ellos. En cambio, las “cosas de Dios” parecen mucho más difíciles de gestionar ya que en estos casos, es el conjunto de la comunidad que se ve implicada y a veces afectada. Cuando perturban el curso habitual del clima, cuya regularidad y moderación son necesarias para el desarrollo de los cultivos, se asimilan generalmente a castigos colectivos que sancionan actos en los cuales las víctimas no siempre han participado (no respecto de los días santos y de las prácticas religiosas, ruptura de las reglas de sociabilidad).

Los desórdenes de la producción

Cuando los casos climáticos dañan los cultivos, es la sobrevivencia de la familia cuyas tierras fueron afectadas que es amenazada e incluso a veces, la de toda la comunidad. Las irregularidades climáticas pueden alcanzar proporciones importantes ya que los habitantes disponen de una sola cosecha anual y que no tienen los medios para compensar, por ejemplo, la insuficiencia de las precipitaciones con un sistema de riego. Aunque existen prácticas culturales para gestionar los riesgos agrícolas, no siempre evitan los efectos de fluctuaciones climáticas demasiado inusuales. Por lo tanto, hasta el momento de guardar sus cosechas, los campesinos se abstienen de pronosticar sus resultados dejados a la voluntad de Dios: “si Dios quiere, tendremos papitas”.

Esta actitud un poco fatalista traduce también la impotencia de los habitantes frente a la degradación de sus condiciones de vida y medios de producción. Ciertos eventos que no pueden ser entendidos como meras consecuencias de descuidos personales. Las representaciones del clima, y más particularmente de los casos climáticos, deben aprehenderse en la problemática global de la percepción del cambio: las transformaciones de las condiciones climáticas, agrícolas, sanitarias y sociales resultan aquí íntimamente ligadas. Al mismo tiempo que ven multiplicarse las irregularidades climáticas, los habitantes observan una proliferación de enfermedades entre las plantas y los hombres. Muchos campesinos delatan igualmente la degradación de algunos de los valores que hacen la cohesión de su comunidad. Las relaciones que reconocen entre la evolución del clima y los problemas de sus cultivos traducen, tal vez, las nuevas dificultades que debe resolver esta pequeña sociedad marginalizada de los programas de desarrollo regional.

Días aciagos

Mientras las iras del páramo se dirigen hacia individuos, las anomalías del cielo observadas desde las tierras cultivadas son susceptibles de afectar toda la población. Para no arriesgarse en provocarlas, cada uno tiene que respetar el calendario religioso y en particular los “días aciagos”. En estos días, como ocurre cada domingo y en numerosas fechas del calenda-

rio católico, los campesinos no emprenden ni trabajos agrícolas ni tareas exigiendo un esfuerzo físico. Los que se dejarían llevar por la “gana” de trabajar arriesgan un accidente grave (“se voltean los bueyes o se hiere uno”, “se puede morir uno”) durante un lapso corto pero determinado por Dios y conocido de El solo.

Los días aciagos se festejan el 6 de febrero, el 28 de abril, el 16 de noviembre y también el primer lunes de agosto, día en el cual se toma un bebedizo de ruda (*Ruta graveolens*) para protegerse durante un año entero de los mordizcos de cualquier animal (y de los mojanos). Algunas familias consideran igualmente el 5 de marzo, el 22 de febrero y el 7 de agosto como días aciagos, lo que permite pensar que la lista de estas fechas particulares pudiera alargarse en un calendario bastante flexible y siempre renovado en función de experiencias locales. En estas fechas, los ancianos vivieron un terremoto (“temblor”) o un eclipse solar (“oscurana”) que los actuales habitantes todavía recuerdan con mucho detalle. “Decían que venía un temblor cada media hora y así durante 15 días... Eso es cosa de Dios, hay que respetar los días aciagos”. Los días aciagos conmemoran entonces unas “cosas de Dios” más espectaculares y recuerdan que las manifestaciones de Dios pueden alcanzar dimensiones terribles. Sin embargo, el recuerdo de calamidades terrestres que van a la par que estos desórdenes astronómicos y telúricos parece menos seguro puesto que, según los habitantes, anuncian igualmente la “clis” de las cosechas, la guerra o una terrible tormenta.

La memoria colectiva conservó numerosos detalles descriptivos, en términos espaciales o cronológicos, de los días aciagos ubicados con precisión en el calendario anual. Sin embargo, resulta difícil determinar la fecha exacta de los eventos en el tiempo largo, en la historia de esta sociedad. En una sociedad donde los hechos y los gestos de más de dos generaciones se confunden con el pasado mitológico, vale recalcar la fuerza de aquel recuerdo gracias a la colaboración de un astrónomo.¹⁴ Para el cuadro siguiente, Laques calculó las fechas, las horas y los porcentajes de superficie solar ocultada por la Luna para todos los eclipses parciales y totales que ocurrieron desde 1850 en Apure. El más espectacular, un eclipse total cuyo máximo se alcanzó a las 10:49 am, tuvo lugar el 3 de febrero de 1916. Con tres días de diferencia, corresponde al día aciago del 6 de febrero conmemorando un evento que la decana de Apure ubica en su pequeña niñez:

“se hizo de noche como a las 10 de la mañana. Mi mamá contaba que se puso tan oscuro que las gallinas se fueron a dormir”.¹⁵

Cuadro 1: eclipses solares en el páramo de Apure (L: 71° O, lat: 8°30' N), desde el año 1850, en horas diurnas (7 am a 6 pm) y con 80% o más de superficie solar ocultada (Pierre Laques, com. pers.).

tipo: CT = “centrale totale”, CA = “centrale annulaire”; local: porcentaje de superficie solar ocultada por la luna en el Páramo de Apure; altura: angulo con el horizonte del sol en el momento del máximo; hora: hora del máximo del eclipse (tiempo universal); C: “conjonction”= hora del fenómeno en relación con la tierra.

Año	fecha	tipo	local	altura	hora (TU)	C (TU)
1861	31/12	CT	80%	17°	12:18	13:50
1886	29/07	CT	> 90%	9°15	11:17	12:55
1916	03/02	CT	± 100%	59°15	15:49	16:02
1940	01/10	CT	80%	7°15	11:05	12:43
1973	24/12	CA	80%	36°31	13:48	15:04
1991	11/07	CT	80%	37°01	20:23	19:07

Los días aciagos no se relacionan siempre con eventos cósmicos y todos los eclipses solares tampoco se enmarcaron en el calendario religioso. La memoria de algunos de estos pudo empañarse con otras fechas importantes: así los eclipses parciales del último día del año 1861 o de la Navidad del 1973. Otros eclipses pudieron pasar inadvertidos o ser menos impresionantes por causa de condiciones de nubosidad (el del 11/07/91 en la época lluviosa) o de luminosidad (los que alcanzan su máximo en la mañanita). Por otra parte, el sistema de fallas de Boconó explica la frecuencia de los movimientos sísmicos afectando a la región y no hay duda que puedan relacionarse otros días aciagos con fechas de terremotos más violentamente perceptibles (el 16 de noviembre conmemora un “temblor”).

De cualquier manera, la memoria de estos eventos del pasado sigue siendo selectiva. En este propósito, conviene resaltar que los días aciagos imponen un día sin trabajo en los tres momentos del año más cargados en tareas agrícolas, o sea los relacionados con el ciclo del trigo: en la ciega (6

de febrero), las siembras (28 de abril) y los arados de barbecho (16 de noviembre). En cuanto al primer lunes de agosto, se ubica en toda la estación de lluvias durante la cual los cultivos se encuentran más expuestos a las “clises” en razón de la humedad. Esta observación parece dar a los días aciagos una función de (garde-fou?§): en las épocas donde la intensidad de los trabajos colectivos y la amplitud de los medios desplegados para trabajar la tierra pudieran hacer olvidar la fragilidad de las obras humanas, la sociedad escogió conmemorar la potencia de Dios.

Sin embargo, manifestaciones divinas por medio de eventos tan extraordinarios como eclipses y terremotos son bastante inusuales. En cambio, todos los habitantes reconocen que las “clises” relacionadas con fenómenos meteorológicos anormales son más numerosas y, puesto que afectan a las plantas cultivadas, toda la sociedad se ve amenazada. Aquellos eventos menos espectaculares pero repetitivos sancionan comportamientos humanos irrespetuosos. Aunque sea compartida, tal responsabilidad resulta muy pesada para los habitantes de la cuenca alta.

De las plantas enfermas

Aunque dispongan de cultivos bastante sanos, los campesinos de Apure reconocen dos tipos de problemas susceptibles de dañar las cosechas: los que se atribuyen a la presencia de pequeños animales en los suelos y las plantas y cuyos orígenes se deben buscar en las irregularidades climáticas. Hay que subrayar que, con la excepción de los daños ocasionados por animales domésticos o silvestres, todos los problemas de las plantas cultivadas están más o menos relacionados con la meteorología local. Los “meones”, un hemíptero no identificado, se multiplican en tiempo de sequía en los campos de trigo mientras que algunas larvas estarían más numerosas en las tierras húmedas o en época lluviosa. Sin embargo, los gusanos, larvas o insectos que son visibles se quitan eventualmente a mano, en la huerta no suelen preocupar tanto.¹⁶ Puesto que se integran a la cadena alimenticia en la cual “cada uno tiene que encontrar su comida”, se soporta su presencia. Siempre ocasionan estragos pero sin poner realmente las cosechas en peligro. Por otra parte, su carácter dañino se ve compensado por algunas ventajas ya que sirven de complemento alimenticio a los animales domésticos (gallinas, perros) y que la fauna pelágica se utiliza como in-

dicador de la cualidad de los suelos agrícolas.¹⁷ Algunos se quejan sin embargo de la *rosquilla*, del *gusano blanco* o del *pasador* (*Spodoptera* sp., *Premmotrypes* sp, *Liriomyza* sp.?) que habrían sido introducidos hace algunos años con semillas de papa contaminadas.

Los problemas fitosanitarios que los habitantes relacionan con los acasos climáticos siguen siendo los que más les preocupan hoy en día. Las heladas y la sequía afectan normalmente una baja proporción de los cultivos y las pérdidas que pueden ocasionar se toman en cuenta en el momento de organizar la siembra. Por lo general, se consideran como particularidades ineludibles del clima local.

Por lo tanto, es la “clis” que los campesinos consideran hoy en día como la más importante causa de estragos en los cultivos y, por lo menos, la más anormal. Antes de provocar la putrefacción de la raíz y la muerte de la planta, la clis se manifiesta con un arrugamiento, resecamiento o manchas en las partes foliares sin que haya evidencias de la presencia de parásitos. Según la “fuerza” del evento se pierde unas partes más o menos grandes de la cosecha. Asociadas a las anomalías meteorológicas ya comentadas, las clises son más frecuentes en tiempo húmedo y caliente donde alternan lluvias y escampos o sea durante el invierno y en algunos años más húmedos. Afectarían también a menudo las parcelas ubicadas cerca de un pozo de agua o incluso a orillas de los ríos, “por las brisas que caen en el río”. Aunque afectan desde algún tiempo a las habas y, muy raras veces al trigo, la clis sigue siendo una enfermedad típica de la papa.

Varios autores señalan, para otras comunidades campesinas americanas, una relación similar entre fenómenos meteorológicos y enfermedades de las plantas. En Ecuador, la *lancha* es una lluvia muy fina con graniizo que provoca una clase de podredumbre en los cultivos (Bernand, 1985). En este mismo volumen, Nates Cruz y Céron evocan la *chamusquina* colombiana que amarillenta las hojas del maíz inmaduro en tiempo de lluvia y sol susceptible de atraer “arco”, mientras Katz analiza, entre los Mixtecos, el *chahuistle* que seca o pudre las matas del maíz. En Honduras, Bentley (1991) intentó cruzar conocimientos tradicionales y científicos en relación con las enfermedades de los cultivos y estudió la noción de *hielo* que incluye problemas fitosanitarios similares a la *clis*. Como lo constata para el *hielo*, solo una observación sistemática in situ de plantas enfermas po-

dría permitir la caracterización de las diferentes patologías incluidas en la categoría clis.

La propagación por tiempo húmedo y caliente así como los síntomas observados hacen pensar en un hongo como por ejemplo el *Phytophthora*, pero es probable que las clises puedan originarse de otros parásitos, bacterias, virus e incluso de problemas de oligotrofia, de exceso de humedad o aun de heladas. En efecto, para realizar su diagnóstico en el momento de comprobar la enfermedad, los campesinos asocian el tipo y la importancia del desgaste con sus recuerdos meteorológicos recientes a la par que consideran las particularidades de la parcela: microclima y riesgos de heladas, variedades sembradas más o menos resistentes, problemas anteriores que no se pudieron curar, etc. Pero a veces, se descubre demasiado tarde los efectos de la "clis" en las rozas. Ya que los campesinos de Apure no se benefician de las acciones de apoyo técnico organizadas en algunas regiones agrícolas más favorecidas, no cabe duda que les faltan conocimientos fitopatológicos para determinar las causas reales de las enfermedades de sus cultivos.

Por las mismas razones, sus medios de acción se ven limitados. Si una fuerte clis afectó el conjunto de las plantas, la parcela se deja abandonada durante uno o dos años. Algunas partes de la huerta cultivadas de manera más intensiva pueden beneficiarse de cenizas del fogón para prevenir la enfermedad. El año que sigue la enfermedad, se intenta sembrar otra planta o se privilegia asociaciones y rotaciones de cultivo.

Cualquiera sea la o las causas de las clises, éstas se manifiestan como un desarreglo del ciclo vegetativo de las plantas cultivadas y un testimonio de cierta confusión entre los elementos del clima. Las enfermedades de las plantas, así como las enfermedades de los hombres, se describen aquí como una ruptura de equilibrio en la cual los fenómenos meteorológicos tienen un lugar muy importante. Por el hecho que parecen más frecuentes y más generalizadas que en el pasado, estas enfermedades preocupan más especialmente a los habitantes.

El tiempo que hay, el tiempo que pasa

Los campesinos hablan de estos problemas fitosanitarios como de una clase de gangrena difusa e insidiosa bastante difícil de controlar hasta

el momento. Según dicen los ancianos, las cosechas eran mejores en el pasado y las clises más espectaculares pero mucho más escasas. Las plantas de hoy parecen afectadas por la más mínima irregularidad climática cuyas consecuencias las tiene que soportar todo el mundo, incluso los que respetan rigurosamente las tradiciones agrícolas y religiosas. Entonces, ¿quién tiene la culpa? Para explicar aquellos cambios de gran importancia para ellos, los campesinos se refieren en primer lugar a la evolución de la sociedad y de la agricultura desde hace unas décadas.

La progresión de las enfermedades de las plantas cultivadas se vio favorecida por las semillas seleccionadas (sobre todo de papas) que los campesinos adquirieron en las zonas agrícolas “modernas” durante sus viajes y migraciones estacionales. El intercambio de productos agrícolas es una práctica muy antigua en los Andes, pero a los habitantes de la cuenca alta, les resulta cada vez más difícil procurarse de las diferentes variedades autóctonas de papas negras (*Solanum andigenum*) que siguen cultivando.¹⁸ Cuando la escasez de alimentos les obligan a usar parte de los tubérculos reservados para la siembra o que las semillas resultan insuficientes (nueva roza, mala cosecha), prueban entonces variedades adquiridas en otras regiones. Las que se encuentran en el mercado, variedades seleccionadas de *S. andigenum* y variedades de “papa blanca” (*S. tuberosum*), no son muy apreciadas por su sabor “aguado” o “arenoso”, por lo que no se conservan en tierra mucho tiempo y por su baja resistencia a las clises y las heladas. Aunque sean sin duda vectores de patógenos, es su propia naturaleza, “débil”, “no aguantadora” e “inadaptadas a la tierra y al clima de aquí” que las hace más vulnerables pero también capaces de debilitar las variedades locales.¹⁹ La única papa verdaderamente “fuerte” que aguanta todo sería la “papa monte” que crece silvestre.²⁰

Para cultivar las variedades seleccionadas, los campesinos de las zonas agrícolas más ricas disponen de insumos y tratamientos químicos: estos “clínicos que usan para curar las clises en Mucuchíes”. Los escasos intentos llevados a cabo en este sentido en Apure no fueron concluyentes y varios habitantes temen los efectos secundarios: estos insumos serían, según ellos, la principal causa de la debilitación de las plantas pero también de los suelos, incapaces de producir sin esta asistencia que, de paso, sale cara. Pero los efectos de una gestión demasiado intensiva de los suelos no se reservan a los meros agricultores “modernos”. La degradación de los sue-

los de la cuenca también sirven para explicar la nueva importancia de las clises: una tierra fértil se dice “bien alimentada” pero mal mantenida se pone “flaca” y “cansada como uno cuando se pone viejo”. Las plantas cultivadas resultan entonces más susceptibles a la enfermedad como es el caso cuando los tiempos de barbechos se disminuyen.

De manera general, es con esta noción de debilidad que la gente se refiere a los desórdenes de la producción: debilidad de las plantas acostumbradas o no a los insumos y que ya no soportan ni las heladas ni las clises, debilidad de la tierra gastada y maltratada ya incapaz de dar buenas cosechas pero, también debilidad de los niños e incluso de los adultos quienes no aguantan la enfermedad, las restricciones alimenticias, el esfuerzo físico y la dureza del clima. En Los Nevados, hasta las personas pueden de esta manera ser afectadas por las clises (“*Uno está clisao*”) (Torres, 1976:89). Si los hombres y las plantas parecen más frágiles que en el pasado es porque la sociedad cambió y, con ella, algunos de los valores que garantizaban, así dicen los ancianos, la benevolencia de los dioses y la clemencia del tiempo.

Así, las nuevas costumbres alimenticias perturban el equilibrio del cual depende la salud ya que el consumo de productos que se dicen “frescos” y “livianos” aumentó. Algunas prácticas actuales parecen irrespectuosas: se descuidan los cultos a los santos y los deberes de cristianos, los tiempos de barbecho ya no se respetan y los trabajos colectivos amenazados por el trabajo asalariado, se venden espigas de trigo para decoración (“entonces, para qué Dios nos daría grano”), las cumbres de las montañas se escalan sin precaución a los cheses, etc. Todos estos cambios se relacionan con un clima que parece más desordenado y menos previsible que en el pasado: estaciones climáticas menos marcadas, numerosas *clises* que se producen incluso en verano, tendencia al recalentamiento del clima.²¹ Los hombres, por sus comportamientos, hubieran alterado la suerte de contratos que los tenían en relación con los diferentes dueños del clima. Así, al evocar las causas de males que les parecen nuevos, los habitantes de Apure utilizan a menudo la fórmula “ya no hay respeto” quien liga las irregularidades del clima a los desórdenes de la sociedad. Los desarreglos, desajustes del clima y las anomalías meteorológicas se interpretan como señales precursoras del fin de un mundo.

Cuando hablan de su clima, los campesinos se refieren, al igual que los climatólogos, a los “estados de la atmósfera encima de este lugar en sus sucesiones habituales” (Sorre citado por Brunet *et al.*, 1992). Pero si el clima caracteriza un lugar geográfico e impone su ritmo a la sociedad, el tiempo resulta ser igualmente aquí un medio de expresión privilegiado entre los seres “sobrenaturales” que parecen encontrar muchas buenas razones para divertirse con la lluvia y el sol. En estas condiciones, es difícil de reducir algunos fenómenos a la expresión lógica de leyes físicas. La moderación de los elementos depende también de los comportamientos de los hombres, quienes comparten entonces cierta responsabilidad frente a los acasos climáticos y a los problemas sanitarios asociados.

Cuando las cosechas se dañan más que de costumbre, el recuerdo de tiempos más clementes no solo es nostálgico. Expresa también el desconcierto y las incertidumbres de los habitantes que ven sus plantas, sus suelos y sus hijos “debilitarse”, sin poder luchar con los medios técnicos que sus vecinos -citadinos o campesinos “que tienen instrucción”- parecen disponer con mayor éxito. A pesar de la desconfianza que suscitan en la cuenca alta, los polvos, sellos, líquidos y gránulos que proponen doctores en medicina y técnicos agrícolas tienen una incontestable eficiencia. ¿No sería esta misma eficiencia, todavía mal dominada y sin embargo parcialmente importada aquí con nuevos alimentos y semillas mejoradas, que amenaza un poco esta pequeña sociedad campesina? Eso es lo que parecen sugerir los habitantes al relacionar nuevos tratamientos y conductas con cambios climáticos y problemas agrícolas. Mientras se dice que los ancianos sabían negociar con los dueños del clima, interpretar los signos de sus iras y modificar en consecuencia sus comportamientos individuales y colectivos, uno se siente hoy en día más a menudo víctima de “castigos” colectivos imposibles de evitar, más difíciles de gestionar pero anunciando tal vez una mayor integración a la sociedad global (de Robert y Monasterio, 1995). La multiplicación de los problemas fitosanitarios con las *clises* resulta ser, hoy en día, la más clara expresión de esta mutación. Unos esperan poder adoptar próximamente nuevos remedios, otros echan de menos el tiempo en el cual las anomalías del cielo y los males de los hombres solo parecían depender de ellos mismos.

Agradecimiento

Gracias al Centro de Investigaciones Ecológicas de los Andes Tropicales (Mérida, Venezuela) y particularmente a la Dra. Maximina Monasterio, fue posible realizar muchas estadias de campo en las mejores condiciones. Parte de los datos utilizados aquí se recolectaron durante mi estadía como estudiante en el CIELAT y la Universidad de los Andes de Mérida. Quiero también agradecer muy especialmente a Anne-Elizabeth Laques, Claudine Kauman, Esther Katz y Adalberto González por sus lecturas atentas. Este artículo es dedicado a Miguel-Angel Dugarte, del páramo de Apure, quien aceptó ayudar en mantener el pluviómetro sin reconocer jamás que el “tatuco para medir lluvia” pudiera servir en algo.

NOTAS

- 1 Según la clasificación de Thornthwaite, el clima de Los Nevados es húmedo mesotérmico con exceso de agua en el verano astronómico (Redaud et al. 1991).
- 2 El páramo se caracteriza por un clima y una vegetación (arbustales y rosetales de *Espeletia schultzei*) que se pueden reconocer ya desde los 2.700 msnm en la cuenca (ver Monasterio, 1980). Sin embargo, el término se utiliza aquí en su acepción local para designar las tierras de altura que no son cultivadas y que no son habitadas.
- 3 Este sistema de predicción todavía es vigente en España donde se conoce como “Las Cabañuelas”, cf. Mesa Jiménez et al., en este mismo volumen.
- 4 Extracto del *ALMANAQUE VENEZOLANO, Religioso-Histórico-Astronómico-Onomástico*. Editorial Belloso Rossell, Maracaibo. 1994 era el año 81 de este almanaque.
- 5 “Los arcos son los que pintan el arco iris” dice la gente de Apure. La importancia cosmológica del arco iris es señalada en toda América y se puede consultar sobre ello los trabajos de Nates Cruz y Céron (Colombia) y de Lammel (México) en este mismo volumen.
- 6 En la Pedregosa, otro sitio de los Andes venezolanos, se le dice igualmente “miao de Arco” a la “brisa de arco” (Clarac, 1981:102). Se describen manifestaciones patógenas muy similares del arco iris (*cuychi*) en los Andes de Ecuador (Bernand, 1986).
- 7 A gran parte de las plantas, de los alimentos y de las enfermedades se les atribuyeron así una naturaleza “caliente” o “fresca”. Las plantas frescas permiten curar las enfermedades calientes y viceversa. Tales principios se manejan en numerosas sociedades. Sobre aquel tema, hay que consultar en particular el artículo de E. Motte-Florac en este mismo volumen.

- 8 En el “verdadero” páramo que puede oponerse a toda actividad humana, el mal tiempo tendría teóricamente que en permanencia (López 1990).
- 9 Los “cheses” se designan también como “dueños del páramo” y, a veces, como “duendes”.
- 10 La Luna, y más aún la Luna llena, es “caliente”. Da su nombre a una enfermedad de los bovinos cuando los rayos lunares penetran una llaga provocando purulencia. En ciertas circunstancias, la Luna puede también afectar la salud de los hombres.
- 11 Se dice por ejemplo que un misterioso extranjero, “era un ministro de Dios”, visitó la cuenca alta y anunció un eclipse solar seguido de la guerra de siete años.
- 12 En los Andes ecuatorianos, “polvos” caídos del cielo y afectando los cultivos en forma de castigo divino también son asociados a anomalías climáticas (fuerte invierno, heladas), telúricas (erupción volcánica) y astronómicas (eclipse de Luna) (Bernand, 1985).
- 13 Torres describe el fenómeno “clis” o “clises” en Los Nevados como un “marchitamiento repentino de las plantas” (Torres, 1976:89).
- 14 El astrónomo Pierre Laques es investigador en el CNRS en Francia (Centro Nacional de Investigaciones Científicas) y lo agradezco aquí por su colaboración.
- 15 El eclipse ocurrió un jueves y por lo tanto, es la fecha del domingo, día del Señor, quien fue conservada para conmemorar el evento.
- 16 Los pájaros que se alimentan de granos (trigo, arveja) pueden plantear problemas, en particular las torcasas cuya caza es prohibida.
- 17 Así la ‘igua (larva del coleóptero *Ancognata scarabaeioides*) prefiere los suelos negros ricos en materia orgánica que son favorables al cultivo de la papa, a lombrices son asociadas a tierras aéreas, livianas (*sueeltas*) apreciadas para las plantas de la huerta. En forma general, los campesinos relacionan la presencia de esta fauna con suelos fértiles.
- 18 De la docena de variedades que los ancianos dicen haber probado o sembrado, la mitad hubiera desaparecida por culpa de las *clises*, por falta de comida (“se come la semilla”) y por descuido (mezcla mal controlada de las variedades).
- 19 En cambio, los habitantes de Apure reconocen que los parásitos macroscópicos se propagan efectivamente al contaminar las plantas sanas vecinas.
- 20 Muy preocupados por esta erosión genética, los campesinos se quedan sin embargo favorables a las innovaciones agronómicas y técnicas. Hombres y mujeres proceden a numerosas experimentaciones en las huertas y cada uno es capaz de enumerar nombres de especies y de variedades traídas desde “afuera”, probadas con éxito y luego adoptadas.
- 21 Confirmada por la disminución drástica de los últimos glaciares de la Sierra Nevada que los ciudadanos deploran cada invierno al incriminar el crecimiento desordenado de la ciudad.

BIBLIOGRAFIA

ANDRESSEN, Rigoberto

- 1986 Precipitación, erosividad y erodabilidad de los suelos en una cuenca montañosa tropical. *II Jornadas Nacionales de Hidrología, Meteorología y Climatología*. Caracas.

BENTLEY J.

- 1991 ¿Qué es hielo? Percepciones de los campesinos hondureños sobre las enfermedades del frijol y otros cultivos. *Interciencias*. 16 (3): 131-137.

BERNAND, Carmen

- 1985 *La solitude des Renaissants. Malheurs et sorcellerie dans les Andes*. París. Presse de la Renaissance. 237 p.
(Traducción: BERNAND, Carmen. 1986. *Enfermedad, daño e ideología antropológica-médica de los Renacientes de Pindilig*. Quito. Abya Yala).

BRUNET Roger, CHARRE Joël, BERQUE Augustin et al.

- 1992 Climat. *Les mots de la géographie, dictionnaire critique*. Brunet, R., Ferras, R. y Théry, H. (eds). Montpellier. Reclus/La Documentation Française. pp. 102-103.

CLARAC DE BRICEÑO, Jacqueline

- 1981 *Dioses en Exilio. Representaciones y prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida*. Caracas. Fundarte. 271 p.

ECHEVARRIA, Evelio

- 1988 *Leyendas de la alta Venezuela*. Mérida. Talleres Gráficos Universitarios. 77 p.

KATZ, Esther

- 1994 Meteorología popular Mixteca: tradiciones indígenas y europeas. *Tiempo y astronomía en el encuentro de los dos mundos*. IWANISZEWSKI S. et alii (eds.). Universidad de Varsovia. CESLA. Estudios y Memorias N° 10. pp. 105-122.

KATZ, Esther

- En este volumen. Ritos, representaciones y meteorología en la Tierra de la Lluvia (Mixteca, México).

LAMMEL, Annamaria

En este volumen. Los colores del viento, la voz del arco iris. Percepción del tiempo entre los totonacas (México).

LOPEZ DEL POZO, Eglée

1990

Etnobotánica en los páramos venezolanos. Tesis de Maestría en Antropología. Caracas. I.V.I.C.

MESA, Salvador et al.

En este volumen. Ritos de lluvia y predicción del tiempo en la España mediterránea.

MORLON, Pierre

1991

"Peasant strategies to deal with risk". *ILEA Newsletter*. Mayo del 1991. pp. 7-8.

NATES CRUZ, Beatriz & CERON, Patricia

En este volumen. "El tiempo que hace". Percepción de los fenómenos meteorológicos entre los indígenas del Cauca (Colombia).

REDAUD, Louis; de ROBERT, Pascale; MOTHEs, Michel et al.

1991

Caracterización del Sistema de Producción Agrícola de Los Nevados, Sierra Nevada de Mérida, Venezuela. *Enfoques de Ecología Humana Aplicados a los Sistemas Tradicionales del Trópico Americano*. San José, J. y Celecia, J. (eds.). Caracas. CIET/UNESCO. pp. 153-198.

DE ROBERT, Pascale

1993

Prácticas campesinas en el páramo de Apure: fundamentos ecológicos, económicos y sociales de un sistema de producción andino (Cordillera de Mérida, Venezuela). Tesis de Doctorado en Ecología Tropical. Mérida. U.L.A.

DE ROBERT, Pascale y MONASTERIO, Maximina

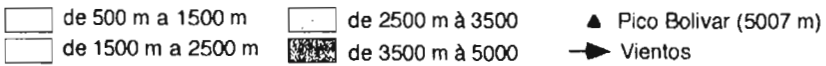
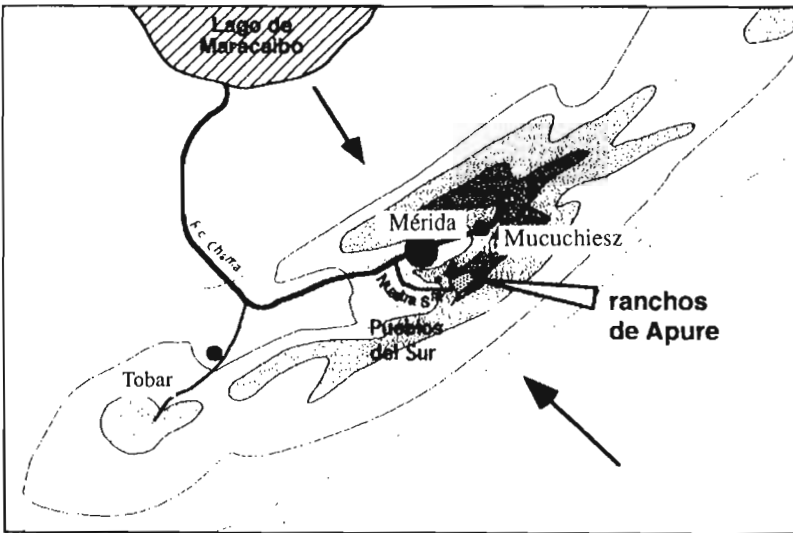
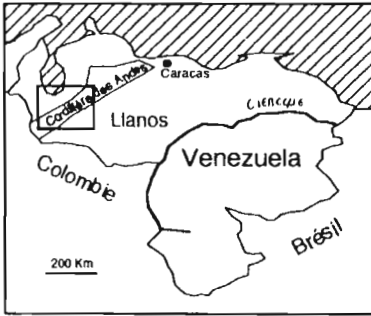
1995

(en prensa). Cambios y continuidades en el sistema triguero de la Cordillera de Mérida (Venezuela). *Naturaleza y Ecología Humana en los Neotrópicos*. HUBER O. (ed.). *Scientia Guaianae*. 23 p.

TORRES, José Ernesto

1976

Marginalidad rural en los Andes, el caso de Los Nevados. Mérida. Cuadernos de Difusión Científica. Ediciones CDCHT, Universidad de Los Andes.



50

*Marina GOLOUBINOFF; Esther KATZ,
Annamaria LAMMEL*
(Editores)



Antropología del clima en el mundo hispanoamericano

TOMO II



BIBLIOTECA ABYA-YALA

ANTROPOLOGIA DEL CLIMA
EN EL MUNDO
HISPANOAMERICANO

TOMO II

Marina GOLOUBINOFF,
Esther KATZ,
Annamaria LAMMEL
Editores

COLECCION
BIBLIOTECA ABYA-YALA
Nº 50

EDICIONES
ABYA-YALA
1997

ANTROPOLOGIA DEL CLIMA EN EL MUNDO HISPANOAMERICANO

Marina GOLOUBINOFF, Esther KATZ, Annamaria LAMMEL (Editores)

Edición: Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telf. 562-633
Quito-Ecuador

Autoedición: Abya-Yala Editing
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-04-309-8

Impresión: Digital DocuTech
XEROX/Universidad Politécnica Salesiana
Quito-Ecuador

Impreso en Ecuador, 1997